

—¿Se trata de los Kerandal?

—Precisamente.

Son los mejores tiradores del país. ¿Cuántos hombres pensáis poner á mis órdenes?

—Los que queráis.

—¿Cuarenta?

—Cincuenta, si os parece.

—No es mucho.

—¿Conocéis el terreno?

Palmo á palmo.

—Es verdad. Ahora recuerdo que hemos cazado juntos en los bosques de Santa Gilda, con permiso de la señora marquesa. Llevad sesenta hombres.

—Como gustéis, mi comandante.

—Pasad por el castillo y haced que los guardas de la señora marquesa os sirvan de guías. Antes de partir, entendedos con el señor procurador. La gloria ó la responsabilidad de la expedición son vuestras, ¿lo entendei.? Ved, pues, lo que haceis. No creo necesario recomendaros que economiceis la sangre de nuestros soldados.

El capitán salió del café, dejando á su jefe delante de la quinta ó sexta botella de cerveza que apuraba todos los días.

—El negocio es delicado, pensó. Pero si no lo fuera, no me lo habría cedido el comandante.

El señor procurador estaba conferenciando con el juez de instrucción, señor Aubertin.

¡Una rebelión! ¡Y tendría que asistir él á su desenlace!

El señor Aubertin se arrepintió por primera vez de haber seguido la carrera de la judicatura.

—Como veis, le dijo el señor procurador, este negocio está llamado á tener eco en toda Francia.

—El ruido de la pólvora se oye desde muy lejos, observó el señor Aubertin bajando la cabeza, como si oyese ya el silbido de las balas.

XXIII.

Fuera de la ley

La noticia de la muerte de la señorita de Fonterose, circuló por toda Bretaña con la rapidez del rayo.

Y en toda la Bretaña no hubo más que un grito de reprobación contra los Kerandal.

Pero cuando se supo que Michaud había estado con sus hombres en Penhoet, y que los Kerandal se habían negado á entregarse, se operó una reacción en su favor.

El valor de los Kerandal era una tradición del país y todos los pueblos aman sus tradiciones.

Para los Bretones su bandera debe flotar siempre sobre la de Francia.

El Morbidan es uno de los puntos de Bretaña mas inaccesibles á las ideas modernas.

La impresión producida por el crimen, desapareció ante la impresión de la audacia de los asesinos.

Se buscaron explicaciones para disculparles y atenuar su odiosidad.

—Ese es el resultado de los ódios de familia, decían los viejos.

—Lo mismo hicieron los Portrieux. Por una mala repartición de una herencia entre hermanos, los unos se exterminaron á los otros.

Los Fonterose eran ricos; los Kerandal pobres. La injusticia no podía ser más patente.

Generalmente, la culpa se hizo recaer sobre los antepasados mas bien que sobre los actores de aquel drama sangriento.

La palabra amor circuló también en todos los grupos.

Corentin amaba á su prima y la señorita de Fonterose iba á casarse.

De aquí provenía la desgracia.

Así iba formándose la leyenda, favorable á los criminales.

Las mujeres eran decididamente partidarias de Corentin, «el hermoso Kerandal,» como le llamaban.

—Si quisieran, decían, se ocultarian en las landas y allí nadie podría apoderarse de ellos; entre otras razones, porque todo el país les protegería.

—Los muros de Penhoet son inexpugnables, añadían otros.

—Si quiere defenderse Jacobo...

—Si Corentin le ayuda...

Cuando se conoció el testamento de Nicolasa, las simpatías por los Kerandal aumentaron.

A las diez de la mañana, la carroza del procurador de Vannes atravesó las calles de Elven.

La mujer del señor Aubertin le habia dicho al despedirse:

—¡No te espongas, Hipólito, no te espongas!

Estas palabras resonaban sin cesar en los oídos del juez de instrucción, aumentando el miedo cerval que le inspiraba la idea de asistir á un sitio.

—Cumpliré con mi deber, habia contestado el señor Aubertin á su mujer.

Aristides Cesaire iba, por el contrario, como quien va á una diversión.

El sueño predilecto de toda su vida habia sido asistir á una batalla.

Cuando el capitán Balignan pasó por delante de Santa Gilda, las fuerzas de su mando presentaban un aspecto imponente.

Sumaban un total de treinta infantes y veinticinco caballos, sin contar la brigada de Michaud, que debia unirse al capitán en Penhoet.

Los criados y los guardas del castillo se perdían en toda clase de conjeturas.

¿Por qué había sido asesinada su jóven ama?

En los alrededores de la Piedra de las Hadas se habían encontrado los fragmentos del vale de quinientos mil francos, roto por Corentin.

Si los Kerandal estaban decididos á morir no habían cometido aquel crimen por apoderarse de la fortuna de los Fonterose.

Su voluntad de perecer, era irrevocable.

¿Cómo vencer contra la fuerza armada de un país?

Lo mismo que la marquesa, sus criados y guardas veían en el fondo de aquel horrible drama una historia de amor.

La marquesa abrió su corazón al general.

—¿Hay algun medio de evitar los desastres que van á resultar de esta lucha? le preguntó.

Las simpatías del general por Corentin, el bello mosquetero, no habían desaparecido completamente.

El general llamó al capitán Estrelles.

—A la órden, mi general, dijo este.

—¿Queréis acompañarme?

El capitán vaciló.

—El caso es, mi general...

—¿Teneis miedo?

—¡General!

—Pero la misión no es de vuestro agrado. Lo comprendo. Teneis cuentas pendientes en Penhoet. ¿Y Santa?

—No sé qué ha sido de ella; probablemente estará encerrada con sus hermanos en Penhoet.

Binic se acercó al general.

—Mi general, si me lo permitís, yo os acompañaré á Penhoet. Pero no conseguiremos nada. Esos hombres son de hierro. Han dicho que nadie entrará en su casa, y nadie traspasará sus umbrales.

El capitán y su fuerza atravesaban en aquel momento el bosque.

Parecía un destacamento de soldados de la primera república que iba á sorprender un castiilo defendido por los realistas.

Mientras el general conferenciaba con el capitán y Binic, José daba la voz de alerta á los defensores de Penhoet.

—¡Ahí están los gendarmes! gritó.

Jacobo se asomó á la ventana de la torrecilla de Penhoet y los contó.

—Cincuenta, murmuró con voz sorda. Son pocos. No moriremos hoy.

Y dirigiéndose á José, le dijo.

—Sálvate; aún es tiempo.

—No me muevo de aquí, le contestó José. Quiero ver todo lo que pasa.

—Pues ponte en sitio seguro. Me irás dando escopetas á medida que las descargue.

—Pero, en resumidas cuentas, ¿qué puede suceder? preguntaba entre tanto el general á Binic.

—Cosas horribles, mi general. Los Kerandal son valientes como leones y están bien armados.

—Suceda lo que Dios quiera, repuso el general. Esperemos.

Eran las doce de la mañana

La carroza de los magistrados llegó á las inmediaciones de Penhoet, donde esperaba ya la fuerza de gendarmes con su capitán.

En aquel mismo momento se abrió un postigo de la cerrada puerta de Penhoet para dar paso al señor rector del pueblo.

El pobre viejo había ido á suplicar á sus antiguos amigos que no prolongaran una resistencia que en último término sería inútil, proponiéndoles que huyeran, en la inteligencia de que todo el país los protegería.

Pero su amistad de veinticinco años se estrelló contra el irrevocable propósito de los Kerandal de morir defendiéndose.

Ibo parecía el mas decidido.

—¡No dejaré que un gendarme ponga la mano sobre mí!, exclamó.

El señor rector participó á los magistrados el *ultimatum* de los Kerandal.

Los esfuerzos para sacar de Penhoet á las mujeres y ponerlas en salvo, fueron tambien infructuosos.

Santa se abrazó á Corentin.

Catalina se abrazó á Ibo.

En cuanto á María Ana, no sabía lo que pasaba.

Vivía ya en otro mundo.

El general apareció cuando el señor rector daba cuenta al señor de Buxieres del resultado de sus gestiones.

Por consiguiente, su mision de paz había concluido.

El señor procurador mandó hacer á los rebeldes las tres intimaciones de ordenanza.

No tuvieron respuesta.

Penhoet continuó cerrado á piedra y lodo.

El procurador entonces, volviéndose hácia el capitán de gendarmes, le dijo:

—Cumplid con vuestro deber.

Un momento después se abrió una ventana de Penhoet y apareció en ella Ibo y detrás Catalina.

—¡Fuego! gritó el capitán.

Los gendarmes obedecieron, y en medio del estrépito de la descarga, se oyó un grito terrible.

Ibo cayó á los pies de Catalina con el pecho atravesado por una bala.

Su última mirada fué para la mujer que le amaba tanto, que quería morir con él.

Un movimiento de cólera agitó aquella alma sensible y cariñosa.

Abrazó á Catalina y la besó en la frente.

Mientras tanto Jacobo y Corentin sostenian el fuego contra los gendarmes.

Cada descarga de los sitiados causaba un hueco en las filas de los sitiadores.

No era posible prolongar el sitio.

Michaud se puso prudentemente fuera de la línea de ataque.

—Ya os dije, señor Michaud, exclamó Greluche, que el asunto sería difícil.

La situación de los defensores de la ley no podía ser mas crítica.

Dos veces intentaron el asalto de Penhoet, y dos veces fueron rechazados con grandes pérdidas.

El capitán se creyó en el caso de ir á consultar al señor procurador.

—Señor capitán, le dijo el señor de Buxieres, yo no entiendo de asuntos militares. Si creéis que la batalla está perdida, repleguémonos, imitando, si es posible, la retirada de los Dos Mil. Supongo que no se atreverán á perseguirnos. Tantos prisioneros les embarranzarían.

El señor rector fué enviado á Penhoet en calidad de parlamentario.

Catalina había muerto.

Las baías habían respetado hasta entonces á Jacobo y á Corentin.

José se había cubierto de gloria.

Cuando el señor rector le vió con las manos ennegrecidas de pólvora, exclamó:

—¡Tú también! Lávate esas manos, muchacho.

El armisticio se pactó sin dificultad.

No había en el pueblo más que un carro, y éste pertenecía á los Kerandal.

Jacobo y Corentin no tuvieron inconveniente en facilitarle á los sitiadores para que trasportaran sus heridos.

La columna del capitán Balignac efectuó su retirada sin ser molestada por sus enemigos.

La magistratura y el ejército habían sido derrotados por tres descendientes de heroes, convertidos en asesinos.

Cuando los gendarmes entraron en Elven se dió otro espectáculo no menos singular.

Cláudio Kerandal, el hermano de los sitiados, fué llamado para prodigar los primeros cuidados á los heridos.

El desgraciado Cláudio supo al mismo tiempo la muerte de la señorita de Fonterose, la resolución de sus hermanos y los primeros efectos de sus desesperados proyectos.

Cahussac le comunicó, de parte del señor rector, todo lo que ocurría, suplicándole que no fuera á Penhoet.

Su madre había sido trasladada á casa del señor rector y estaba en seguridad.

Después que partieron los magistrados y los gendarmes, Claudio se encerró en el cuarto de Juana y rompió á llorar amargamente.

Su primera determinación fué huir para siempre de Bretaña.

Pero la señora Jacut se opuso tenazmente.

—No saldrás de aquí, le dijo.

Juana estaba fuera de peligro.

Oyó llorar á Claudio, é incorporándose en la cama, le preguntó:

—Cláudio, ¿qué tenéis?

—Nada.

—¿Por qué lloráis?

—Muchas veces no sabemos por qué estamos tristes.

—No me decís la verdad.

Cláudio se acercó á Juana.

—Lloro, le dijo, porque tengo que abandonaros.

Juana le cogió la mano.

—Si me abandonáis, Cláudio, le dijo, me moriré.

Sin vos no quiero vivir.

—¡Ah! exclamó Cláudio, ¡por qué os habré conocido!

Quiso referirla la terrible desgracia que le amenazaba, pero no se atrevió.

—Cláudio, añadió la criolla, me ocultais vuestras penas. ¿No soy ya vuestra amiga? ¿Dónde vais? Hablad.

—No puedo.

En aquel momento entró la señora Jacut

Oyó la pregunta de Juana y la respuesta de Cláudio.

—Se va, dijo á Juana, porque os ama y está desesperado. En su familia, como en la vuestra, pasan cosas extraordinarias. Dicen que sus hermanos han asesinado á la señorita de Fonterose ¿Por qué? Nadi lo sabe. Dicen que la justicia quiere prenderlos y que se han hecho fuertes en Penhoet. Esto debe ser verdad, porque Cláudio acaba de hacer la primera cura á algunos gendarmes heridos. Yo conozco á los Kerandal. Si se han propuesto no entregarse, tendrán que hacerlos pedazos para que cedan. Lo tienen en la masa de la sangre. Cuando dicen una cosa, la hacen. Todos estas calamidades tienen triste á Cláudio. Y la verdad es que el motivo no puede ser más justificado.

Juana unió sus lágrimas á las de Cláudio.

—No lloreis, exclamó la señora Jacut. Sobre todo, tú. Los hombres nunca lloran, ¿No es verdad, señorita Juana?

La señora Jacut estrechó entre sus brazos á Cláudio, como pudiera haberlo hecho su madre.

—¡No, no saldrás de aquí! exclamó. Te lo prohibo.

—¡Quiero ir á morir con ellos! repuso Claudio. Quiero, al menos, verlos por última vez.

—En esto obran tus hermanos con mas cordura que tú. Lee la carta que me enviaron ayer.

Cláudio desdobló un papel que le dió la señora Jacut y leyó:

«Señora Jacut:

»Estamos perdidos. No volveremos á vernos.» Si alguien nos acusa, defendednos. No podemos vivir »bajo el peso de lo que se dice de nosotros. La señorita de Fonterose ha muerto, no para que su fortuna »fuera nuestra, sinó para que no fuera de otro. YO »prefiero verla muerta á verla casada con el hombre »á quien la destinaba su madre, y á quien ella no »amaba. Lo he sabido demasiado tarde.

»Dad un abrazo á Cláudio en nuestro nombre y no »le dejéis salir de vuestra casa.

»Decidle que no nos maldiga y que piense alguna »vez en nosotros.

»Vuestro.

»CORENTIN.»

»P. D. Decid á Cláudio, que Penhoet será destruido. »En el jardín, y debajo de una piedra, encontrará »una carta que le explicará las fatalidades que pesan »sobre nuestra casa. El será rico. El último favor que »esperan de él sus hermanos, es, que indemnice á la »señorita Trelan de los perjuicios que la han causa- »ndo los Kerandal. Si puede, le agradeceríamos tam- »bién que reuniese nuestros cadáveres en una misma »tumba.»

—¿Y Santa? murmuró Cláudio.

—Supongo que también estará en sitio seguro. Los Kerandal tienen muchos amigos.

—¿Y mis hermanos? ¿Están heridos? ¿Han muerto?

—No. Pero cuenta que la primer herida será la última. Han dicho que no los prenderán vivos. ¿No conoces á tus hermanos?

Una mirada de Juana hizo mas que todos los argumentos de la señora Jacut.

Cláudio no salió de Elven.

XXIV.

La expiación.

El comandante de gendarmes estaba furioso.

Al saber que sus fuerzas habían sido rechazadas por los sublevados, se impresionó de tal manera, que estuvo á punto de morir de un ataque de apoplejía.

El capitán contestó á sus apóstrofes:

—Allí os hubiera querido ver mi comandante.

—Allí me vereis, le contestó secamente el comandante. ¡Qué vergüenza! ¡Ser rechazados por tres hombres encerrados en una mala granja! Cuando no se sabe vencer, se debe saber morir. ¿Son graves las heridas de nuestro hombres?

—Esos tres hombres, á quien teneis tan en menos,